

igual longitud, lo que es bantante exacto, si se toman en consideracion solo la palma i la planta del pié, omitiendo los lóbulos de la membrana.

Sobre la colocacion sistemática de algunas especies no me atrevo ni siquiera omitir conjeturas. A estas pertenecen la *Otaria aurita* Humb, mencionada por Tschudi (Fauna peruana p. 139.) del Callao, aunque se puede creer por la longitud de las orejas, que pertenece a los Lobos de dos pelos. Probablemente no será jamas posible averiguar lo que son las *O. coronata*, *albicollis*, *porcina* etc. (1)''

Las figuras que acompañan la memoria, representan en la lám. 1 el cráneo de la *Otaria Godeffroyi* Ptrs, i en la lám. 2 A. el cráneo de la *Otaria Philippi* Ptrs visto del lado; en la lám. 2 B. el mismo visto de arriba; i lám. 2 C. visto de abajo, en tamaño natural.

FUNCION UNIVERSITARIA en honor del doctor Sazie.—*Sesion de claustro pleno, celebrada, el domingo 6 de octubre de 1867, en el gran salon del nuevo edificio de la Universidad, para rendir homenaje a la memoria del señor Decano de Medicina, doctor don Lorenzo Sazie.*

Fué presidida por el señor Ministro de Instruccion pública, con asistencia de dos de sus colegas el del Interior i el de Hacienda, del señor Intendente de la provincia, de los señores Miembros del Consejo universitario, de un número bastante regular de Miembros de todas las Facultades, i de una numerosa i escojida concurrencia de personas notables que llenaba las graderias i galerias del mencionado salon.

Despues de manifestar el objeto de la sesion, el señor Vice-Patroño de la Universidad dió la palabra a los señores don Adolfo Valde-rama Miembro de la Facultad de Medicina, i don Guillermo Matta de la de Humanidades, para que proclamaran los títulos del doctor Sazie a la gratitud i admiracion de los chilenos. Así lo ejecutaron, con grandes aplausos de los concurrentes, en las dos piezas que se insertan a continuacion.

(1) A las especies dudosa pertenecen pues la *P. porcina* Gay I p. 74 descrita segun Poeppig, la *Otaria molossina* (Less. et. Garn.) Gay I p. 77. — Que la *O. ursina* Gay I p. 78 no es esta especie lo dice el autor mismo. Varios autores dicen que se encuentra en el estrecho de Magallanes i en diferentes comarcas vecinas; creemos sin embargo, que la han confundido con alguna otra, pues la *Phoca ursina* es de los mares ártico. — Philippi.

I.

Elojio del doctor don Lorenzo Sazie, por el señor Valderrama.

Señores.

Grande es sin duda el embarazo que experimento al cumplir con la grave mision de hacer el elojio de la mas alta reputacion médica que ha existido entre nosotros. Este embarazo se aumenta al considerar que están todavía calientes las cenizas del hombre extraordinario que durante treinta años fué el alma de la escuela de Medicina, la cabeza de la Facultad, el apoyo de los establecimientos de beneficencia, el astro de esperanza i de consuelo pronto siempre a esparcir su benéfica luz sobre la frente del desgraciado. Todas las personas que me escuchan hallarán pálido el retrato del sabio cuya distinguida inteligencia pudieron apreciar en espléndidas manifestaciones; todos hallarán fria la palabra que ensálza al filántropo, al pensar que en cada choza hai un recuerdo mas elocuente de su proverbial desinterés, que mi voz apagada i sin brillo. I yo, que comprendo lo difícil de mi situacion, siento no tener el acento inmortalizador de Pariset para transmitir a la posteridad la imájen de ese hombre singular, que tuvo el raro privilejio de ser entre nosotros la mas alta personificacion de la inteligencia i de la virtud.

No podeis dudarlo, señores: voi a hablaros del señor doctor don Lorenzo Sazie, voi a hablar del sábio que supo elevar su modestia a la altura de su incomparable habilidad, voi a hablar del amigo noble i sincero, del cirujano sereno i brillante, del médico experimentado i sensible, del maestro afable i profundo. Historiador de una vida tan bien llenada, me congratulo de poder decir la verdad i de poder con ella sola despertar en el corazon de las personas que me escuchan las mas ardientes simpatías hácia un noble carácter i hácia un talento incontestable.

Una mision tan difícil no podria ser desempeñada sin el apoyo de vuestra benevolencia; ni yo la habria echado sobre mis débiles hombros sin el mandato de la Facultad de Medicina. Hoi que vengo a cumplir con este sagrado deber, espero que el recuerdo de aquel hermoso corazon i de aquella luminosa inteligencia prestará vida i calor a la imájen que voi a poner a vuestra vista.

Don Lorenzo Sazie, doctor en medicina de la Facultad de Paris, antiguo alumno de la escuela práctica, bachiller en ciencias de la academia de Paris, interno de los hospitales i hospicios civiles, miembro titular de la Sociedad Frenológica i de la Sociedad Anatómica, Decano de la Facultad de Medicina, profesor de cirugía operatoria i obstetricia de la escuela de medicina de Chile, médico en jefe de los hospitales de Santiago, caballero de la lejion de honor i presidente de la junta de beneficencia,—nació el 16 de julio de 1807 en Mompezat, departamento de los Bajos Pirineos. Su padre, que era un honrado propietario, quiso dedicarlo a la carrera eclesiástica; pero las tendencias de su hijo hácia los estudios de ciencias naturales, se le presentaron como un obstáculo insuperable para la realizacion de sus planes,

El jóven Sazie se desarrolló lentamente; su constitucion delicada inspiraba sérios temores a su familia, i en aquella época nadie habria podido figurarse hasta qué punto la energia física de aquel niño tendria que robustecerse con el trabajo. Sus rápidos progresos estimularon al padre para dejarle seguir sus inclinaciones, i en medio de triunfos incesantes el jóven Sazie recibió el grado de Bachiller en humanidades el 7 de noviembre de 1825. Entónces fué cuando emprendió la lectura de los filósofos antiguos i de los clásicos de su país, que hacia su conversacion tan amena i su instruccion tan sólida i variada.

Era ya tiempo de que Sazie fuera a establecerse en Paris, donde habia de encontrar infinitos elementos de estudio; i en efecto, el jóven fué confiado a los cuidados de un tío que debia enorgullecerse bien pronto de su protegido. Su protector, M. J. Cassaigne, consejero de la corte de Casacion, oficial de la lejion de honor, etc.; era un hombre influente i reunia siempre en su casa abogados notables, diputados, literatos, una sociedad escogida, en que el jóven Sazie vivió por algun tiempo, i que era propia para estimularle al trabajo, para despertar en él la mas justa de las ambiciones, la de ser algun dia un hombre eminente.

Con una intelijencia clara i flexible, con una actividad extraordinaria se le vió emprender el estudio de las ciencias naturales i distinguirse en todos sus cursos. Al mismo tiempo seguia los cursos de medicina con un éxito brillante. Amigo del arte, ocupaba sus ratos de ocio en aprender la música, i en medio de la noche, cuando

todos sus compañeros se entregaban al descanso, él trataba de imitar las inimitables melodías que había sentido exhalarse del mágico violín de Paganini. El fruto de tan sorprendente actividad no podía dejarse esperar. El 10 de julio de 1828 el jóven Sazie recibia el grado de Bachiller en Ciencias i obtenia por oposicion el honor de ser esterno del Hotel-Dieu i del hospital de la Piedad, en 1830 el jóven Sazie se presentó a hacer oposicion al interno lo, i despues de una prueba brillante, fué admitido como interno en el hospital Necken i en el de San Luis.

Entregado ya esclusivamente al estudio de las ciencias médicas, su talento variado debia buscar otra fuente que calmase un tanto la sed insaciable de su espíritu. Desde entónces, apénas salia de sus clases, se le veia visitar ora el taller de un pintor, ora las cortes de justicia, donde podia oír la palabra de los mas célebres abogados, ora la cámara de diputados, donde podia admirar la lójica severa i tranquila de Benjamin Constant o la voz ardiente e incisiva de Casimiro Perier.

Entre tanto, el jóven Sazie era conocido de sus profesores mucho mas de lo que su incomparable modestia podia imaginar. El 12 de febrero de 1831 recibia un pliego cerrado que contenia el nombramiento de Miembro de la Sociedad Anatómica, cuyo presidente era entónces el célebre anatomista M. Cruveilhier, i algunos dias mas tarde se le nombraba Miembro de la Sociedad Frenológica. En 1832 el cólera hacia grandes estragos en Paris, i Sazie iba a dar una prueba incontestable de abnegacion i de valor. En medio de los horrores de un azote tan espantoso, no abandona el hospital, aumenta su ya prodijiosa actividad, hace autopsias de los cólericos que mueren, para estudiar las lesiones cadavéricas de la enfermedad; i las mujeres embarazadas que sucumben al peso de la formidable plaga, despiertan en la mente del jóven problemas que trabajan incesantemente su espíritu. ¿Podria salvarse el producto de concepcion practicando la operacion cesárea en las mujeres recién muertas por el cólera i que llevan en el vientre un feto viable? ¿Podria conseguirse el resultado practicando la operacion ántes de la muerte de la madre? El primero de los problemas es resuelto negativamente por el valeroso jóven; quedaba por resolver el segundo. Su habilidad quirúrgica lo impulsa a hacer una tentativa, su sensibilidad detiene la mano atrevida del cirujano. Vacila; no es mas que interno de los hospitales, no se atre-

ve a echar sobre sus hombros tan grande responsabilidad; pero la idea queda torturándole por mucho tiempo i le mantiene triste i pensativo.

El jóven Sazie, apesar de su modestia, debia comprender que no seria difícil realizar su noble propósito. Una circunstancia particular debió aumentar su confianza. M. Emery era médica de la casa del banquero Perier i un dia rogó a Sazie que fuera a sustituirlo en esa casa, donde habia un enfermo mui grave. El jóven, despues de ver al enfermo, se abstuvo de recetar manifestando que daria cuenta a M. Emery del estado en que el paciente se hallaba; pero la familia le espresó el deseo de que prescribiera algun remedio, pues M. Emery les habia dicho que podian tener tanta confianza en el jóven que les iba a mandar, como la que tenian en él mismo. Estas palabras de la familia demostraban claramente la alta estimacion que le profesaba un hombre tan notable como M. Emery.

Con la idea fija de hacer algo por la ciencia, Sazie habia permanecido siendo interno de los hospitales, apesar de haber terminado sus estudios, pero la muerte de su tío i protector le causó tan gran pesadumbre que concibió la resolucion de abandonar la Francia. El año de 1833 don Miguel de la Barra, Encargado de Negocios de Chile en Paris, se dirijió a M. Orfila, pidiéndole un jóven profesor para la Escuela de Medicina de Chile, i M. Orfila señaló a don Lorenzo Sazie como el mas a propósito para llenar los deseos del Gobierno de la República. Sazie aceptó, i viendo la necesidad de recibir el grado de doctor, escribió una tésis que lleva por título: *Propositions de Chirurgie et de Médecine pratiques*. Para presentarla necesitaba un padrino, i seguro del valor de su trabajo, se dirijió a casa del baron Dupuytren, que lo recibió con la severidad con que el gran cirujano acostumbraba recibir a sus alumnos. Despues de haber oido la súplica del jóven Sazie, Dupuytren dejó la tésis sobre la mesa i le rogó volviera en algunos dias mas. Ocho dias se pasaron sin que Sazie se atreviera a volver a casa del baron Dupuytren; al cabo se decidió a hacerle una visita con el fin de saber si el altivo monarca de la cirugía se habia dignado pasar la vista por su tésis. Grande fué la sorpresa de Sazie, cuando al dar su nombre al portero, supo que Dupuytren habia encargado que apénas él se presentara fuese introducido a su gabinete. El portero cumplió con su consigna, i un instante despues Sazie se hallaba en presencia del gran cirujano. Imposible

seria pintar la angustia del jóven en esos primeros momentos en que Dupuytren le ofreció un asiento i le hizo algunas preguntas ajenas al objeto principal de su visita; aquel instante le parecia una eternidad. Al fin Dupuytren le dijo: «he leído vuestra tésis i no solo tendré un placer en ser vuestro padrino, sino que me sentiria honrado si me dedicaseis vuestro trabajo.» Sazie salió lleno de satisfaccion por semejante recibimiento, i el 14 de noviembre de 1833 obtenia el grado de Doctor en Medicina de la Facultad de Paris. El 23 de noviembre del mismo año firmaba un contrato con el Encargado de Negocios de Chile, don Miguel de la Barra, i a principios de 1834 se hallaba entre nosotros.

¿Quién era Sazie, para que Orfila, Decano de la Facultad de Medicina de Paris, lo recomendase al Gobierno de Chile? Sazie era un hombre extraordinario. Con un talento incontestable, con una gran laboriosidad habia tenido la suerte de escuchar la palabra autorizada de los mas grandes maestros en las artes i en las ciencias. En filosofía habia oido a Larromiguière, en Química i Física a Thenard, Gay-Lussac i Orfila en Botánica a Richard; en Zoolojía Antropolojía, i Anatomía comparada, a Cuvier, Virey i Blainville; en Fisiolojía a Riche-rand i Magendie; en Medicina a Broussais, Andral, Alibert, en Cirujía a Dupuytren, Lisfranc i Velpeau; en obstetricia, al baron Dubois. Versado en los clásicos latinos i franceses, que sabia de memoria, noble, valiente, abnegado, modesto, no creo que se me tache de exajerado si le llamo un hombre extraordinario. No seria yo tampoco el que caeria en la exajeracion, serian sus maestros.

Broussais decia, hablando de él «que estaba dotado de una sólida instruccion i que tenia todas las cualidades necesarias para ser excelente profesor;» Velpeau: «que ora apto para llenar las mas altas exigencias de la cirujía i de la Medicina;» M. Emery: «que habia dado pruebas de una alta capacidad médica i quirúrgica, i que durante el tiempo que habia estado como interno en su servicio, habia desempeñado sus funciones con un celo i talento digno de los mas grandes elojios;» el baron Dubois: «que el celo i abnegacion del jóven Sazie solo podian compararse con la solidez de sus conocimientos;» Jobert decia; «que en su servicio se habia distinguido por su talento, no solo como médico práctico, sino como un hombre erudito i sabio;» M. Maury: «que estaba a la altura de todas las misiones que se le confiaran, i que era digno de todo el interes que por él se

tuviera.» Hé ahí las razones que me autorizan a llamarle un hombre eminente; hé ahí las razones que determinaron a Orfila a recomendar al Gobierno de Chile como la persona mas apropósito para llenar sus exigencias.

Rarísimo es encontrar reunidas en un solo individuo las cualidades que adornaban al doctor Sazie; el hombre que las posee es un hombre extraordinario.

Veine i siete años tenia el doctor Sazie cuando habia dado ya tantas pruebas de intelijencia, i al llegar a nuestro suelo nadie sospechaba siquiera que aquel jóven médico era algo mas que un estudiante aventajado.

Sin embargo, Sazie era mucho mas que eso; era una alta esperanza de la Escuela de Medicina de Paris, era una gran intelijencia i un gran corazon.

Tal era Sazie cuando llegó a Chile, i aun cuando su carrera habia sido brillante durante su permanencia en Francia, lo fué mucho ménos que en los treinta i un años que vivió entre nosotros.

Al pisar nuestras playas el doctor Sazie era esbelto i bien conformado; su fisonomía, animada por la juventud i embellecida por su alma, tenia, con todo, la severidad meditabunda del hombre serio i experimentado, i esa fué una de las causas de la confianza que se depositó en él desde un principio, apesar de sus pocos años.

Profesor de Medicina desde su llegada al pais tuvo en poco tiempo una clientela imposible de conservar para cualquiera otra persona que no hubiera poseido su sorprendida enerjía fisica; i los médicos de entónces, que lo habian mirado solo como un jóven intelijente i modesto, principiaron a comprender, sobre todo cuando pudieron apreciarlo como cirujano, que aquel jóven no habia escuchado en vano la palabra de los mas grandes maestros del arte.

En poco tiempo el doctor Sazie hablaba con singular facilidad la lengua española, i su palabra elocuente e incisiva, que caía de sus lábios con el prestijio de un alto entendimiento i de una instruccion vastísima, desconcertaba siempre a sus adversarios en las consultas a que era llamado con frecuencia. Las familias escuchaban su opinion con la inquietud de un reo que se halla delante de un juez, porque sabian que tarde o temprano los resultados la justificarian plenamente.

En cualquiera situacion en que el enfermo se encontrase, por mas

desesperada que fuera, la llegada del doctor Sazie tranquilizaba a la familia: todos sabian leer en aquella frente serena i espaciosa un recurso inesperado, uno de esos razgos de jenio que le caracterizaban.

¿Cuál era el secreto de esa confianza ciega que Sazie sabia inspirar? El secreto de esa confianza es preciso buscarlo en el talento indisputable del doctor Sazie, en sus inmensos conocimientos, en su investigadora tranquilidad, en su fisonomia llena de intelijencia i de dulzura, en esa fisonomia que al inclinarse sobre el lecho del moribundo, parecia la última vision anjélica que tienen los niños al dormirse con el sueño de la muerte. Recorramos lijeramente estos titulos con que el doctor Sazie ganó entre nosotros la mas alta, la mas justa, la mas pura i la mas sólida de las reputaciones.

Sazie era un gran médico.

Educado en la escuela de Paris, en que el diagnóstico es toda la medicina, en que el conocimiento de las enfermedades es la gimnástica diaria de la juventud médica, rara vez se equivocaba en la naturaleza de la afeccion que era llamado a tratar. Sereno, frio en la observacion de los fenómenos mórbidos, los interpretaba siempre con una sorprendente rectitud, i si algunas veces habia que reprocharle una profusion exajarada de remedios, cuando se trataba de la curacion del enfermo, eso se esplicaba fácilmente: lo desesperaba no poder encontrar en la terapéutica médica la sencillez, lo precision, a certeza que él hallaba en la semeiolojía; i todos los medios de accion que su prodijiosa memoria conservaba, se agrupaban en su mente i caian de su pluma mas como un anhelo febril de salvar al paciente que como la tranquila elaboracion de su activa intelijencia. Esos mismos remedios eran, por lo demas, agrupados con tanta habilidad, con tanta maestría, que no tardaban los enfermos en experimentar sus benéficos efectos. Tranquilo, amable, jeneroso, instruido, espiritual, Sazie tenia todas las virtudes que exige el ejercicio del arte.

Sazie era un gran cirujano.

No podia ser de otro modo; la cirujía con la exactitud de sus procedimientos, con la sencillez de su terapéutica franca i decisiva, debia ser el gusto de su espíritu recto i severo. Sazie con el escalpelo en la mano se trasformaba como por encanto, i en los últimos años de su vida, se le veia ájil, risueño empuñar todavia el litotomo del

hermano Cosme para penetrar en la profundidad de los tejidos i arrancar a la muerte uno de esos desgraciados calculosos cuya única esperanza es un cirujano de talento. El doctor Sazie tenia como operador una incomparable tranquilidad; los accidentes mas inesperados i mas graves parecian no inquietarle siquiera, i en medio de los mayores peligros se le veia ejecutar sereno los mas difíciles procedimientos operatorios. Pero qué mucho que tal hiciera, él, que tan raras veces ejecutaba un procedimiento que no hubiera sido modificado por su genio artístico, por su talento improvisador. Sazie tenia, en efecto, esta envidiable facultad; sabia improvisar un aparato, un instrumento, un método operatorio a la cabecera del enfermo, i esto era en él una cosa habitual. Espíritu independiente, jamas se dejó arrastrar por las opiniones ajenas, jamas se le vió entusiasmarse por las innovaciones; ántes, al contrario, las recibia con una fria reserva. El bisturí era todo su arsenal de cirugía porque bastaba un bisturí a su reconocida habilidad. Sazie amaba las dificultades; un dia que debia estirpar las amígdalas a una jóven, uno de sus alumnos le dijo: “Señor. he traído el amigdalotomo de Fahnestock i está a vuestra disposicion.”—“Es una excelente invencion para los que no conocen la situacion de la carótida,” contestó el doctor Sazie, sacando del bolsillo un bisturí gastado i un gancho que él mismo habia hecho, i que manejaba con singular maestría.

Sazie era admirable en la tocotecnia.

El arte de los partos le debe entre nosotros sus mas espléndidos triunfos. El doctor Sazie no habia oido en vano al baron Dubois. Las operaciones mas difíciles de la tocotecnia eran para él un placer; las ejecutaba siempre con una asombrosa destreza. I no vaya a creerse que el doctor Sazie practicaba bien las operaciones que el arte de os partos exige, por el hábito de practicarlas; de ninguna manera. Cada posicion, cada movimiento, eran el resultado de un profundo conocimiento de la organizacion humana i de la situacion particular de la enferma a quien operaba.

Sazie era, ademas, un gran profesor.

No hacia un discurso cada vez que entraba en el anfiteatro, los hacia muy rara vez; pero en cada cuestion importante Sazie tomaba la palabra, i con una instruccion que tenia algo de prodijioso, con una ójica incontrastable, con viril elocuencia no abandonaba el problema

hasta haberlo resuelto bajo todos sus puntos de vista. El alumno no podia ménos de quedar satisfecho.

Habilísimo en el arte de los partos, gran médico, gran cirujano, gran profesor, hé ahí cualidades que pueden, cada una por sí sola, hacer la reputacion de un hombre. Pues bien, Sazie las poseía todas, i apesar de la admiracion que causa tan aventajada intelijencia, es preciso confesar que tenia algo mas grande que esa intelijencia . . . : su corazon. Ah! yo daria cualquiera cosa porque se encargara de probar esta proposicion uno de esos pobres que viven en los barrios apartados de Santiago; él os podria decir, con las lágrimas en los ojos, cuántas veces el doctor Sazie fué a darle un remedio salvador i un pan para su familia. Esos pobres, que le vieron llegar siempre a su casa como una providencia i que lo han llorado como a un padre, saben la historia de Sazie. Vais a permitirme, señores, relataros una anecdota que os probará mas que todas mis aseveraciones.

En una noche del mes de julio en que la lluvia corria a torrentes, el doctor Sazie salia a caballo de su casa; daban las dos i cuarto de la mañana; el jinete llevaba por delante un objeto que parecia ocultar cuidadosamente. Una persona tuvo la rara idea de seguirle i la paciencia de llegar con él hasta una de las calles, entónces casi despobladas del barrio de Yungai. Sazie dió algunos golpes a la puerta de una miserable vivienda, i pronto acudieron a abrirle; entró i volvió a salir un instante despues. «Está mejor», dijo al hombre que le habia abierto, montó a caballo i regresó a su casa. ¿Sabeis, señores, lo que era aquel objeto que el doctor Sazie defendia de la lluvia ocultándolo bajo su capa? Era la ropa de su lecho, que llevaba a una pobre parturienta que habia operado aquel mismo dia, a una pobre mujer quetenia frio porque habia perdido mucha sangre i porque el invierno no consulta para enviarnos su nieve la desnudez de los pobres. Yo vengo a denunciar ante la Facultad de Medicina a este jeneroso infractor de las leyes hijiénicas, que dormia sin cubrirse en el invierno cuando habia un infeliz que reclamaba la ropa de su lecho.

Estos hechos, que podria multiplicar fácilmente, elevan la figura del doctor Sazie a una inmensa altura. En efecto, jamas la historia del arte, vió reunidas en uno solo de sus representantes tantas i tan admirables cualidades; jamas la ciencia, la dulzura i la paciencia del gran médico, la habilidad, la audacia i la prudencia del gran cirujano, el desprendimiento i la jenerosidad del filántropo, la nobleza, la

lealtad i la modestia de un gran corazon tuvieron una personificacion mas digna que el doctor Sazie. Durante treinta años le hemos visto, soldado infatigable del bien, trabajar incesantemente sin tener un solo dia de reposo; durante treinta años le hemos visto a caballo, amonestado siempre por el rico que exijia una preferencia que Sazie solo daba a la desgracia, durante treinta años le hemos visto, sufriendo con una paciencia santa el frio del invierno i el fuego de la temperatura estival, recorrer las calles de Santiago miéntras los transeuntes echaban sobre él una mirada de respeto.

Nada era mas dificil que encontrar a Sazie cuando le buscaba un potentado, pero el pobre le hallaba siempre dispuesto a servirle sin remuneracion. Un dia, al salir de su casa, un jóven se le acerca; «señor,» le dice, «mi padre está gravemente enfermo, es preciso que vayais a verle ahora mismo.» «Imposible!» contesta Sazie, «vuestro padre es rico i puede tener a su lado a todos los médicos de Santiago; yo tengo que ir a ver a un jóven estudiante, que es la única esperanza de su madre sumida en la miseria. Si mas tarde soi todavia necesario, hacedme avisar.» Hé ahí una contestacion que pinta al doctor Sazie.

Un hombre semejante debia alcanzar bien pronto gran celebracion i justa veneracion. Sazie las alcanzó en breve. Nadie se pudo libertar de la lejítima influencia ejercida por su carácter i su talento; i si hubo alguién que de ella se libertara; si hubo alguién que no tuviera por Sazie la mas sincera estimacion, no vacilo en decirlo, ese era incapaz de comprenderle. La representacion nacional le decretó la ciudadanía, porque quien así sabia servir a Chile merecia esta espontánea muestra de una alta distincion.

Algun extranjero preguntará talvez en dónde está situado el palacio en que vivia tan notable personaje. Todo Santiago lo sabe, pero acaso no saben sino mui pocos lo que contenia aquellas pobres habitaciones en las que pasaba mui pocas horas de la noche. Me vais a permitir conduciros hasta el interior de su casa.

Detras del hospital de San Juan de Dios, vivia el doctor Sazie en una pequeña casa, de la cual solo ocupaba tres piezas. Las dos primeras estaban adornadas de estantes llenos de libros, de periódicos, de instrumentos de cirujía i de todos los elementos necesarios para el ensaye de metales. La tercera pieza, la mas pequeña de todas, le servia de alcoba, i allí dormia rodeado de

armarios henchidos de papeles en que habia tenido la prolijidad de apuntar los nombres de los enfermos que habia tratado desde su llegada a Chile, las enfermedades de que padecieron, i los resultados obtenidos de los métodos curativos que habia empleado. En las dos primeras piezas se veian los retratos de Cuvier, Orfila, Dupuytren, i Broussais. Del techo colgaba un cesto en el que habia un pedazo de carne fria, un pan i una botella de vino. Este cesto, que podia hacerse subir i bajar a voluntad por medio de una polea fijada en el techo, caia sobre la esquina de una mesa literalmente cubierta de instrumentos i periódicos. Sazie solia llegar a comer a la una o dos de la mañana, pero cualquiera que fuera la hora, hacia bajar el cesto i tomaba un pedazo de carne i un vaso de vino. Tan frugal alimentacion le bastaba; i entónces, si aun no habian dado las dos o tres de la mañana, trabajaba hasta esa hora, ya en estudios mineralójicos, a que era mui aficionado, ya estudiando los autores clásicos del arte de curar, autores que, segun su espresion, eran la mina inagotable en donde tantos módicos modernos habian hallado sin gran trabajo todo lo que necesitaban para pasar por innovadores, publicando en bellas ediciones las viejas ideas de los maestros del arte.

En esas pobres habitaciones, en medio de cuyo desórden creia uno ver levantarse la figura simpática de Clainville, el doctor Sazie no recibia sino al pobre que necesitaba de sus servicios; no queria que nadie fuera a sorprenderle en medio de tan incesante trabajo, de su virtud severa, i cuando algun amigo íntimo se atrevia a romper la consigna, la frente del sijiloso filántropo se enrojecia viendo que le habian sorprendido haciendo un bien que él habria querido ocultar.

Nada faltaba a hombre tan notable para vivir eternamente en la memoria de la sociedad que honró con sus servicios; i sin embargo, como si no hubiera querido vivir un instante que no se consagrara al trabajo i al bien, resolvió, en medio de una epidemia devastadora, entrar como simple soldado en esa gran batalla en que tantos jóvenes intelijentes cayeron para no volverse a levantar.

El tifus reinaba en la poblacion de Santiago, i hacia numerosas víctimas en todas las clases de la sociedad. La epidemia se propagó a las provincias i amenazaba tomar jigantescas proporciones. Los hospitales estaban llenos de enfermos. El hospital de mujeres, sobre todo, veia con dolor que los médicos que lo servian estaban ya exce-

sivamente recargados de trabajo. Una nueva sala se abrió, i al dia siguiente estaba ya llena de febricitantes; pero no tenia médico, el doctor Sazie, entónces médico en jefe de los hospitales, se presentó a servirla sin remuneracion, i en esa sala, que asistia con su asiduidad característica, el hábil cirujano debia encontrar la muerte: Aquella grande inteliijencia debia morir en el trabajo i por el trabajo.

El 20 de noviembre el doctor Sazie experimentó los primeros síntomas del tífus; desde aquel instante cesó de asistir al hospital i pasó cinco dias tomando remedios sin dar aviso de su estado. El dia 24 estaba ya gravemente enfermo. El dia 25 se pudo entrar en sus piezas; habia ya cierta perturbacion de sus facultades mentales i notable somnolencia. El cuerpo médico, alarmado con la fatal noticia, corrió a su lado, pero era tarde. Apesar de sus esfuerzos, la enfermedad siguió su marcha, i el 30 de noviembre de 1865, a las diez de la noche, el doctor Sazie nos abandonó para siempre.

Con la frente serena del pensador que no ignora que la muerte no es mas que la trasformacion incesante del universo, con la severa resignacion del que siente que su tarea ha sido bien desempeñada. Sazie vió llegar sin inmutarse a su antigua enemiga. El vigoroso atleta no podia ya luchar con ella: la enfermedad, esa Dalila traicionera, le tenia postrado a sus piés. I sin embargo, la muerte no pudo borrar las huellas que dejaba su noble corazon; Sazie habia dicho al morir que no tenia bienes de fortuna i lo que es mas raro todavia, que nadie le debia. En sus piezas se encontraron cartas que contenian billetes de banco i que no habian sido abiertas; se halló algun dinero en monedas que ya no circulaba i de cuya existencia Sazie no tenia conocimiento alguno. ¡Desprendimiento admirable de que solo son capaces los que no aceptan la vida sino como un fugaz episodio del movimiento universal de la creacion! Así desapareció aquel espíritu poderoso.

La terrible nueva se comunicó como por encanto a toda la poblacion, i al dia siguiente la ciudad estaba de duelo. Los alumnos de la Escuela de medicina tiraban el carro que conducian sus restos a la mansion de los muertos; la Facultad de Medicina i una multitud inmensa formaban espontáneamente la comitiva fúnebre; sobre su tumba el reconocimiento i la amistad alzaron su voz para elojiar sus talentos i sus virtudes. Aquellas manifestaciones no tenian nada de oficial, eran el grito que arranca un dolor verdadero, porque las

lágrimas no se decretan. Nada mas justo que aquellas lágrimas: la Facultad médica habia perdido su alma, la Escuela de medicina un gran maestro i los pobres un padre.

II.

Sabiduría i caridad.—Poesías de don Guillermo Matta a la memoria del doctor don Lorenzo Sazie.

I.

Una inmortal herencia
Deja en el mundo el sabio,
Cuando es veraz su ciencia,
Cuando es veraz su labio.
Feliz quien pisa el límite
Terrestre de esta vida
Con la virtud por báculo
I por segura ejida
La fé de la verdad:
I siembra en el fecundo
Terreno de otro mundo,
Tus bienhechores jérmes,
Divina caridad!

II.

Feliz quién su cabeza
En esa almohada posa!
Allí para él empieza
Una alba luminosa!
Feliz quién en su lápida,
Huella última del hombre,
Entre los nombres célebres
Puede grabar su nombre
I muerto revivir!
Mortal divinizado
Que el jénio del pasado,
Tipo perfecto en Sócrates,
Legará al porvenir.

III.

Los héroes de la espada
Son hijos de la gloria,
Su punta ensangrentada
Es pluma de su historia.
Ella hace el panejórico
I ciñe eternas palmas;
Mas otros son sus émulos,
I hai héroes de las almas
I hai héroes de virtud.
Para ellos es el llanto,
Para ellos es el canto;
Cantos i tiernas lágrimas
De amor i gratitud!

IV.

Quizá es un tributo
Que el vulgo poco envidia
Pero es gloria sin luto,
Es triunfo sin perfidia.
Del sábio un nimbo, cárdeno
La frente no circuye;
Su voz no es el estrépito
Que asombra o que destruye:
Crear es su mision!
El sábio es un ejemplo;
I su alma es como un templo
Que guarda el tabernáculo
De excelsa relijion!

V.

Ah! dílo tú, ferviente
Apóstol de lo justo,
Intérprete elocuente
Del pensamiento augusto!
Ah! dílo tú, solícito
Infatigable obrero
Del bien; del arte médica
Iniciador austero
I sábio profesor!
Tú, que con faz serena,
Tú, que con alma buena,
Pusiste siempre en práctica,
La ciencia del dolor!

VI.

El sábio es como un rio
Que nace en brusca altura,
I al valle i bosque umbrío
Lleva feraz cultura.
Ah! dílo tú, magnánimo
Espíritu, que viste
Tú irreparable pérdida
Llorar a un pueblo triste,
A toda una ciudad!
Al rico, al pobre, al niño!
Quién tu filial carino,
Quién tu saber sin cálculos
I quien tu humanidad!

VII.

Al fin venció la muerte
 Al médico abnegado,
 Al hombre entero i fuerte
 Que la hubo desdeñado!
 La muerte! extraño símbolo
 Que oculta un gran misterio!
 Será esta tierra lúgubre
 Perpétuo cementerio,
 I eterno abismo el mal?
 El mas *allà* es quimera,
 Imájen embustera,
 Fugaz reflejo, efímero,
 Del sol de lo ideal?

VIII.

Quién logra echar la sonda
 En ese mar oscuro?
 Qué voz hai que responda
 A nuestra voz: futuro?
 Do va el ignoto espíritu
 Que nuestro cuerpo anima?
 A otra rejion incógnita,
 Qué impulso lo sublima
 I qué ala es su poder?
 Qué aliento lo renueva?
 Quién a aspirar lo lleva,
 En inefable tránsito,
 El aura de otro ser?

IX.

Enigma! Es falso? es cierto?
 Quién duda? quién lo sabe?
 La vida, en lo que ha muerto,
 Con otra forma cabe?
 Filósofos i teólogos
 Esplican mucho i nada;
 Allí los toma el vertigo,
 Se ciega su mirada,
 Se turba su razon.
 I tiembla la pupila,
 I la razon vacila,
 I ante la muerte trémulo
 Palpita el corazon!

X.

Horada las montañas,
 Inmensos mares hiende
 La ciencia, i las entrañas
 De la creacion sorprende.
 La mente humana rápida
 Cuál fúljido areolito
 En concepciones súbitas
 Alumbra lo infinito:

Su anhelo es magnitud!
 I esa sublime ciencia
 I esa alta intelijencia
 Que pesa astros i bólidos,
 No pesa el ataud!

XI.

Filósofo discreto,
 Alguna vez siquiera
 La muerte su secreto
 Te reveló cuál era?
 Alguna voz simpática
 Salió, como un gemido,
 De un lábio cadavérico
 Diciéndote al oido,
 Quien muere va a nacer?....
 Si dudas tú tenias,
 No crédulo pedias
 Sofismas, frases, fórmulas....
 Bastábate el deber!

XII.

Bastábate esa pura
 Fé en Dios! Esa creencia
 Que en la razon fulgura,
 Que irradia en la conciencia!
 Por mas lijera atmósfera
 Tu ingenio se espaciaba;
 Era el deber su estímulo;
 I la verdad buscaba
 En Dios aquí i allá.
 El bien es lo divino,
 El bien es el camino;
 La muerte no es su término
 Si el sábio por él va.

XIII.

I acaso muere? Acaso
 No vive eternamente
 Quién halla así un ocaso
 Que no es mas que otro oriente?
 Quién como tú malévolas
 Pasiones ata i rije;
 I quién del hombre mísero
 Cura el dolor que afije
 I alarga la salud?
 Quién con la muerte en guerra,
 Cae postrado en tierra
 I es sacerdote i víctima
 De rijida virtud?

XIV.

Velando junto al lecho
 Del huérfano i la viuda,

El tífus en su pecho
Entró su zarpa aguda.
En vano, a su frenética
Rabia qué miedo infunde,
Su calma opone el médico;
El morbo horrible cunde,
Cunde el veneno atroz.
I en lóbrego delirio
I en bárbaro martirio
Jime su cuerpo exánime,
Habla su tarda voz.

XV.

Mas en la sorda lucha
Casi vencido, suenan
Gritos de triunfo. Escucha!
Salvas el aire atruenan!
Patriota, esè es el júbilo
De la primer victoria!
I en su letargo fúnebre
Raya su luz la gloria
Sonriéndole al morir.
I miétras lo acaricia,
Honra, valor, justicia,
De su adoptiva patria
Èl pudo bendecir!

XVI.

Si todos te lloramos,
Dá a todos esperanza.
En Dios, pues la buscamos,
Inspira confianza.
Indica a tus discípulos
La luz que tu has amado,
Para luchar como héroe
I caer como soldado,
Mártir de la verdad.
I diles que en tu ciencia
Una inmortal herencia
Dejas de amor, de lágrimas
I santa caridad!

XVII.

Esa es, lo noble i santo,
Nuestra vision eterna!
Al ensalzarla el canto
Nuestra alma se prosterna.
Inspira justas máximas,
I esa es sabiduría;
Trae éxtasis magnánimos,
I esa es la poesía,
La afirmacion del bien!
Vision que el hombre adora,
Ciencia, o verdad creadora,
Sobre esa tumba lúgubre,
Estátua eterna, ven!

*BIBLIOTECA NACIONAL.—Su movimiento en el mes de
octubre de 1867.*

RAZON, POR ÓRDEN ALFABÉTICO, 1.º DE LOS DIARIOS I PERIÓDICOS, I 2.º DE LAS OBRAS, OPÚSCULOS, FOLLETOS I HOJAS SUELTAS, QUE, EN CUMPLIMIENTO DE LA LEI DE IMPRENTA I OTRAS DISPOSICIONES SUPREMAS, HAN SIDO ENTREGADAS AL ESTABLECIMIENTO DURANTE ESTE TIEMPO; 3.º DE LO QUE SOLO SE HA ENTREGADO UN EJEMPLAR, O ENTREGÁDOSE INCOMPLETO; 4.º DE LO QUE NO SE HA ENTREGADO EJEMPLAR ALGUNO, NO OBSTANTE LA PUBLICACION HECHA; 5.º DE LO QUE SE HA ENTREGADO TRES EJEMPLARES PARA OBTENER PRIVILEJIO DE PROPIEDAD LITERARIA; 6.º DE LO QUE SE HA ADQUIRIDO POR OBSEQUIO; 7.º DE LO QUE SE HA ADQUIRIDO POR COMPRA; 8.º DE LAS OBRAS QUE HAN SIDO LEIDAS POR LOS CONCURRENTES A LOS DOS DEPARTAMENTOS DE LA BIBLIOTECA, LA NACIONAL PROPIAMENTE DICHA I LA EGAÑA; I 9.º DEL NÚMERO DE VOLÚMENES QUE SE HA ENCUADERNADO.

I.

DIARIOS I PERIÓDICOS.

*Anales de la Sociedad de Farmacia, Santiago, imprenta del Correo; el
núm. X del tom. III.*